

Brotaba sangre del cadáver de Celestina. Bécquer estaba descontrolado, le había faltado valor para decirle lo mucho que la amaba. Le gritaba:

*Por una mirada, un mundo;
por una sonrisa, un cielo;
por un beso... ¡Yo no sé
qué te diera por un beso!*

El cadáver se encontraba en medio del salón de las bodas de las hijas del Cid. Todo el pueblo había sido testigo, pero nadie sabía quién era el asesino. Quevedo se levantó, señaló a Góngora y gritó “asesino”:

*Éste, en quien hoy los pedos so sirenas,
éste es el culo, en Góngora y en culto,
que un bujarrón le conociera apenas.*

El inspector Jorge Manrique y el policía Zorrilla llevaron el caso. Preguntaron a cada uno de los testigos y nadie sabía nada pero había sospechosos y gente que culpaba a otros. Espronceda culpaba a Shakespeare, decía que como la obra de *Gnomeo y Julieta* acababa mal, él quería eso para todos. Lope de Vega culpaba a Lorca por ser homosexual.

Hasta que el inspector y el policía encontraron al asesino. Era un asesino principiante que cometía fallos. Fue el mismo Cervantes, consumido por la culpa quién declaró:

-Sé que he sido yo quien ha matado a Celestina, pero también sé que no del todo. Estoy escribiendo la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha* y hay veces que se me aparece el alma del Quijote y todos los actos que hago son él quien en verdad los hace, y como él es un caballero que se está muriendo quiere matar a alguien para que Dios se lleve su alma. Así que en verdad el Quijote ha matado a la Celestina y no yo. Soy inocente. No lo puedo controlar, se me ponen los ojos en negro unos segundos y es cuando aparece sobre mi cuerpo el alma de Don Quijote. Mató a la Celestina porque estaba enamorado de ella, pero ella amaba a Bécquer. Solo quería hacer daño a Bécquer y cómo Bécquer solo quería a su amante, si él mataba a Celestina, haría el mayor daño a Bécquer.

Días después, Cervantes fue encerrado en la prisión que estuvo hace años.

El día del entierro, el policía Zorrilla le dedicó unas palabras a Celestina:

*Era una flor que marchitó el estío,
era una fuente que agotó el verano:
ya no se siente su murmullo vano,
ya está quemado el tallo de la flor.*